

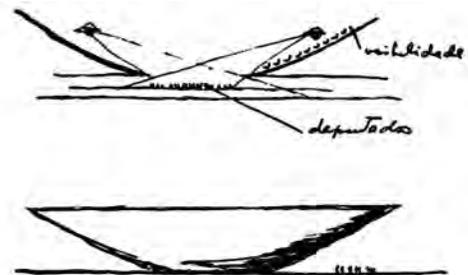
LAS PARADOJAS DE OSCAR NIEMEYER (1907-2012)

Roberto Segre

A Oscar Niemeyer, *in memoriam*

Casi en el umbral de los 105 años falleció el siete de diciembre el más longevo Maestro del Movimiento Moderno de la arquitectura. Su obra constituyó un símbolo de la pujanza creativa del Brasil, del ansia de modernidad, del fortalecimiento de la unidad nacional identificada con la creación de la nueva capital y del deseo de alcanzar una significativa presencia política y cultural en el contexto latinoamericano y mundial. Algunas de sus obras se convirtieron en íconos nacionales o regionales: el conjunto de Pampulha en Belo Horizonte; el parque de Ibirapuera en San Pablo; los edificios gubernamentales de Brasilia; los museos de Niteroi y Curitiba. Otras lograron trascender a escala internacional: la sede del Partido Comunista Francés en París; el centro cultural de Le Havre; la Universidad de Constantine en Argel; las oficinas de la editora Mondadori en Milán. Estas obras le otorgaron prestigio y reconocimiento, no sólo profesional o limitado al universo cultural de la arquitectura, sino también a nivel popular. En Brasil, hasta los más humildes ciudadanos conocen la mítica figura de Niemeyer. De allí las honras recibidas en su momento postrero, casi a nivel de jefe de Estado: fue velado en el Palacio del Planalto en Brasilia y luego en el Palacio de la Ciudad en Río de Janeiro. Reconocimiento político, cultural y social que no lo tuvieron en Suiza, Le Corbusier; en Finlandia, Alvar Aalto; en Estados Unidos, Frank Lloyd Wright.

Todos los órganos de prensa nacionales, tanto especializados como de difusión masiva, dedicaron extensas reseñas a la figura y a la obra del Maestro. Según el perfil o tendencia de cada uno se exaltaban con tono apoloético los atributos como ser humano y profesional; su compromiso político; su destaque como artista creador en sus diferentes facetas: arquitectónica, escultórica, pictórica, literaria y poética. En primer lugar, se resaltaron sus virtudes personales, su desprendimiento y generosidad, mantenidos a lo largo de su vida espartana y modesta, que en la actualidad contrasta con la dinámica aparatosa de los arquitectos del *star system*, como Rem Koolhaas o Norman Foster. Luego se destacó su participación en la dinámica política local al integrarse en los años cuarenta al Partido Comunista Brasileño, al que nunca dejó de pertenecer; y su



Bosquejos de Brasilia

apoyo irrestricto a la causa del socialismo en todas sus versiones: en la URSS, Viet Nam, Cuba, Chile y Venezuela. Por último, la significación emblemática de sus obras, que no solamente lograron identificar la presencia del Brasil y de América Latina en la trayectoria del Movimiento Moderno, sino que a la vez, consiguió distanciarse de los modelos externos provenientes del Primer Mundo, que tanto influenciaron la arquitectura de la región. A su vez, él no se dejó atraer por los cantos de sirena de las modas y estilos que se sucedieron aceleradamente a lo largo del siglo XX, conservando incólumes los enunciados estéticos, formales y espaciales que identificaron la expresividad de su lenguaje. En este sentido, Niemeyer fue el arquitecto más reconocido y galardonado como representante de América Latina en el concierto mundial a lo largo de la segunda mitad del siglo XX: recibió los principales premios existentes en el ámbito profesional; entre ellos, el Pritzker en Estados Unidos; el Premio Imperiale de Japón, la *Gold Medal* del RIBA inglés.

Sin embargo, su trayectoria profesional no fue simple y lineal, carente de escollos y contradicciones. Niemeyer no se destacó particularmente en sus estudios elementales y universitarios. En su adolescencia, el fútbol y la bohemia eran más importantes que la disciplina exigida por la academia. Al cursar arquitectura en la Escuela Nacional de Bellas Artes, se vio sometido a la enseñanza académica que menospreciaba, y solamente cuando tuvo la oportunidad de hacer un proyecto moderno al final de sus estudios, obtuvo con él la nota máxima. Según Lucio Costa, cuando se integró en los años treinta como dibujante en su despacho en un momento de escaso trabajo, su



Oscar Niemeyer y Roberto Segre. Brasilia 1987

personalidad silenciosa no le llamó la atención. Por su juventud y deseo de aprender, con la llegada de Le Corbusier a Río de Janeiro en 1936, Costa lo puso a su lado para pasar en limpio los proyectos del Maestro. Allí Niemeyer asimiló su método de trabajo y su capacidad de interpretar y visualizar la realidad circundante, natural y urbana. Y el primer destello de su talento apareció cuando propuso la genial solución planimétrica y volumétrica del Ministerio de Educación y Salud, que había quedado en un punto muerto, ante la imposibilidad de aplicar las alternativas elaboradas por Le Corbusier. A partir de ese momento, Lucio Costa comprendió en toda su dimensión la capacidad creadora del joven arquitecto que volvió a manifestarse en el concurso para el Pabellón de Brasil en la Feria de Nueva York, en el que Costa obtuvo el primer premio con un proyecto mediocre y Niemeyer el segundo con una idea más original. Con la modestia que siempre le caracterizó, Costa le invitó a participar juntos en un nuevo proyecto, cuya solución definitiva lo convirtió en uno de los mejores pabellones de la Feria (1939) y lanzó a ambos al estrellato internacional.

A partir de ese momento Costa otorgó un apoyo irrestricto a Niemeyer y lo puso en contacto con el poder político al realizar el proyecto del Gran Hotel de Ouro Preto en Minas Gerais. La integración entre elementos de la arquitectura colonial y la espacialidad moderna despertaron la admiración de Juscelino Kubitschek, alcalde de Belo Horizonte, quien le encargó los edificios sociales de la urbanización propuesta para la laguna de Pampulha. Se inició una persistente colaboración con Kubitschek a través de su trayectoria política que continuó como gobernador de Minas Gerais y posteriormente en la presidencia de la República, al impulsar el proyecto y la construcción de Brasilia, cuyo concurso, celebrado en 1957, ya establecía la integración de los edificios emblemáticos elaborados por Niemeyer. Aquí surgieron las primeras contradicciones, al criticarse su presencia en el jurado internacional. Y luego, por el monopolio de las obras —existen más de cien

edificios proyectados por Niemeyer, e innumerables proyectos no ejecutados— que fueron otorgadas al Maestro sin el concurso establecido por la ley brasileña, al reconocerse la excepción de su “Notorio Saber”. Si bien el conjunto de edificios del Eje Monumental, presidido por la Plaza de los Tres Poderes y el Congreso Nacional, constituye el climax de su creatividad arquitectónica, gran parte de las obras menores no tuvieron una calidad de diseño similar, especialmente las realizadas en las décadas recientes, tales como el Museo de Arte Moderno y la Biblioteca Nacional. Inclusive a inicios de este siglo fue rechazado por la comunidad un monumento que proponía colocar en el centro del Eje Monumental. Y a pesar de sus desavenencias con la dictadura militar, que lo llevaron a residir por un largo periodo en Francia, desarrolló el proyecto del Cuartel General del Ejército en Brasilia.

Entre las obras realizadas en Brasilia en la década de los años sesenta y los museos de Niteroi y Curitiba en los años noventa, Niemeyer elaboró múltiples proyectos creativos en los que aplicó diferentes tipologías formales y espaciales que alternaron las formas geométricas puras de orden cartesiano y la fluidez continua de las curvas de hormigón armado. Resulta una simplificación de la crítica identificar su obra solamente con el predominio de las curvas, cuando un número considerable de edificios respondieron al rigor de la línea recta. Sin embargo, en las dos últimas décadas de su vida declinó su capacidad inventiva al repetirse soluciones formales que surgieron al inicio de su trayectoria, en particular la insistencia con el espacio cubierto por una gran cúpula, que apareció por primera vez en 1952 en la OCA de Ibirapuera. en San Pablo. También se debilitó su rigor ideológico al proyectar obras para políticos nacionales de las más diversas tendencias, tanto de izquierda como de derecha. Su apoyo a Stalin y la URSS nunca lo identificó con la arquitectura monumental académica; no obstante, el reciente monumento construido en Cuba, a pesar de su hipotética abstracción, constituye un lejano recuerdo de la estética del “realismo socialista”. Por último, su coqueteo con la especulación inmobiliaria, que se había iniciado en los años setenta en los proyectos de conjuntos habitacionales en la *Cloughton Island* en Miami y las torres circulares de la Barra de Tijuca en Río de Janeiro, se reavivó recientemente en Niteroi ((2012), en el proyecto de un hotel, oficinas y centro comercial —torre concebida como *mixed-use*— que se propone levantar en el centro de la ciudad.

En resumen, estos elementos no disminuyen la significación de Niemeyer como artista creador y principal representante de la vanguardia brasileña y latinoamericana; ni opaca la brillantez de su trayectoria a lo largo de siete décadas de trabajo profesional. Pero los hechos reales resultan atributos que identifican los altibajos y las contradicciones de todo ser humano de carne y hueso, y no mitificado por una crítica ajena a los avatares de la vida. 



Homenaje a Eduardo Galiano, "Las venas abiertas de América Latina". Memorial de América Latina. San Pablo, 1986. Fotografía: revistaartforumcultural.blogspot.com



Centro Cultural en la ciudad de Avilés, España. 2009. Fotografía: Fernando Alonso



Nueva Torre de TV en Brasilia, 2010. Fotografía: Roberto Segre



Iglesia de San Francisco en Pampulha, 1942. Fotografía: Roberto Segre.



Sede del Partido Comunista Francés, París, 1965-1967. Fotografía: Foto1/paris-meconu.com/Foto 2/francetvinfo.fr



Ministerio del Ejército. Brasilia, 1967. Fotografía: Roberto Segre

Roberto Segre (Milán, 1934). Arquitecto argentino, nacido en Italia y residente tres décadas en Cuba. Desde 1995 vive en Brasil, en donde es profesor de la Universidad Federal de Río de Janeiro. Es Doctor en Ciencias del Arte por la Universidad de La Habana y Doctor en Planeamiento Regional y Urbano por la Universidad Federal de Río de Janeiro. Ha publicado más de treinta libros sobre la arquitectura y el urbanismo en América Latina y el Caribe, entre los que cabe citar: *Las estructuras ambientales de América Latina*, *Arquitectura y urbanismo de la Revolución Cubana* y *Havana, Two faces of the Antillean metropolis*, en colaboración con John L. Scarpaci y Mario Coyula. Es miembro del Concepto Editorial de *ArchiPIÉLAGO*.